

LA LITERATURA CRISTIANA EN LA POLÉMICA DE LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA IGLESIA: A PROPÓSITO DEL *EVANGELIORUM LIBRI QUATTUOR* DE JUVENCO

Por ELENA MARÍA CALDERÓN DE CUERVO*

1. Deslindes generales

Debido a los variados conflictos que la Iglesia de los primeros siglos debió afrontar, se desarrolló una abundante actividad literaria de carácter polémico cuya producción se ha conservado en su mayor parte.

En el caso de los autores del período estudiados, es necesario conocer la problemática específica de la época en la cual se insertan, caracterizada por el continuo ascenso y consolidación del cristianismo. El siglo IV y comienzos del V fue un período de inflexión, de coincidencias y disidencias en las ideas e interpretación de los sucesos, que determinó un cambio de mentalidad y una sistemática transformación. Dentro de esa literatura «polémica», en la acepción más genuina del término como «arte de defender y atacar», podemos distinguir, en los autores tardo-romanos estudiados, cuatro tipos de escritos, dependiendo del adversario a quien se pretendía rebatir y del tema que se quería defender: *adversus christianus*, *adversus paganos*, *adversus haereticos* y *adversus Iudaeos*. Los autores recurrieron a los géneros retóricos y literarios considerados por ellos más idóneos para refutar ideas y para convencer al *otro*. Integran por tanto esa denominación genérica de «literatura polémica» los diálogos, discursos, homilias, tratados y cartas utilizados para servir a la controversia, tanto como obras literarias de gran calidad como es el caso, entre otros, del *Evangeliorum Libri Quattuor* de Juvenco y el *Peristephanon* de Prudencio. La finalidad de esta propuesta consiste en estudiar las estrategias seguidas por los escritores cristianos de los primeros siglos para debatir con los adversarios, poniendo de manifiesto cuáles eran los recursos retóricos y argumentativos utilizados en sus disputas. Además de recuperar las nue-

* Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza).

vas aportaciones literarias de la polémica cristiana, nos interesa señalar también las reminiscencias de la literatura clásico-pagana en ella registradas, tanto como desarrollada por los políticos e intelectuales paganos en defensa de sus costumbres.

2. Sobre textos y contexto de Juvenco

Los estudios de perspectivas socio históricas y de teoría literaria en el incommensurable campo de la patrística son relativamente recientes y no se han desarrollado aún en toda su amplitud. Los manuales de patrología, en general, se ocupan principalmente de la teología, de la historia eclesiástica y de su relación con la exégesis bíblica. Podemos todavía preguntarnos qué influencia tuvo en la teoría de la historia y de la literatura el interés por la Biblia y la aparición de una literatura cristiana tanto como la explicación de la historia lineal marcada por las epifanías cristológicas.

El judaísmo helenizante, afirma Curtius¹, activo en los siglos anteriores a Cristo y en el primero de nuestra era, mantuvo vivo el puente entre la antigua poética pagana y la poética patrística, «puente que habría de tener enorme importancia histórica». La cultura judía helenizante desarrolló una propaganda muy consciente en este sentido y al punto tal que uno de los recursos principales de esta apologética fue demostrar la coincidencia entre la ley y la religión judía por una parte y la doctrina de la filosofía helénica por otra. Con este fin, los apologetas judíos adoptaron el sistema de la exégesis alegórica, desarrollado por la *Stoa*. Relacionada con ese sistema está la llamada «prueba de antigüedad» que establecía que las escrituras sagradas de los judíos eran mucho más antiguas que las obras de los poetas y sabios helénicos y que estos conocieron los escritos hebreos y se inspiraron en ellos. Así, en su obra contra Apión, Josefo demostraba que los filósofos griegos habían aprendido su ciencia en los libros de Moisés.

Todas estas ideas pasaron a los primeros apologetas cristianos. Para Justino, la cosmogonía de Platón proviene del *Génesis* (*Primera apología*, caps. LIX y LX), y en su *Discurso contra los griegos*², el sirio Taciano –fines del siglo II– hace recuentos sincrónicos, también con fines apologéticos. Encontramos cosas análogas en la *Cohortatio ad gentiles* del pseudo Justino y en Teófilo de Antioquía. El hecho de marcar los textos sagrados como fuentes de las literaturas paganas, señalaba la superioridad y jerarquía de los primeros sobre los últimos. Estas afirmaciones pasan después de los primeros apologetas cristianos a la teología alejandrina para desembocar en la obra de los grandes Padres de la Iglesia.

1. Ernst CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media latina*, México, FCE, 1955, pp. 631 y ss.

2. *Oratio adversus Graecos* PG VI, col. 803-888. En la traducción francesa de 1913 p. 69, nota, puede encontrarse una bibliografía sobre lo que se llamó la «prueba de antigüedad».

Por otra parte, la proliferación de textos (cartas, epístolas, escritos, anotaciones) propia del período, revela la importancia de la lectura como forma de recepción y estudio de los grandes temas y problemas que el advenimiento del cristianismo propuso en la mentalidad pagana y corresponde también a la importancia de la escritura como forma de producción y configuración de los mismos. ¿No está impregnado, acaso, el Evangelio de San Mateo del *sicut scriptum est* por medio del cual remite al Antiguo Testamento, afirmando además el valor fundamental de la escritura?

Si bien estos dos procesos –escritor-lector– se complementan el uno al otro, son esencialmente distintos: al acto privado e individual del lector corresponde la compleja función del escritor que debe forzosamente utilizar una herramienta –el lenguaje escrito– común y accesible para la comunidad de lectores. Es así entonces que las fórmulas expresivas, los usos y giros y todas las figuras retóricas y aun la pragmática sean las mismas para los cristianos y paganos y se pongan al servicio de afirmar argumentos contrarios, novedades y misterios.

A esto habrá que agregar que todos los textos eran manuscritos, autógrafos o copias. El libro escrito poseía un valor que la era de la imprenta ya no es capaz de apreciar. En cada autógrafo o copia había una aplicación especial, habilidad manual, larga concentración del espíritu y un gran trabajo hecho con destreza y cuidado tanto de la forma como de su contenido. Cada libro era una labor ardua y esmerada como lo muestran las apostillas que muchas veces aparecen en los márgenes y dejan oír una queja o un suspiro de alivio: *sicut aegrotus desiderat sanitatem, ita desiderat scriptor finem libri*.

El monacato, que arraiga en el Occidente hacia el año 350 y al que da forma y reglas definitivas San Benito después del año 500, es uno de los hitos que señalan la transición de la Antigüedad Cristiana a la Edad Media. Una de las tereas del monacato fue precisamente transmitir las verdades de la Fe, la historia cristiana y la ciencia, tanto profana como sagrada. El monacato se convirtió así en transmisor principal –y desde el siglo VIII, único– de la escritura y del libro. En la colección de cartas y decretos oficiales que escribió Casiodoro para los reyes ostrogodos, hay una carta dirigida a un escriba³ que revela claramente la dignidad en que se tenía ese oficio y lo importante que era para el estado, para la administración y para la justicia.

Es un dato irrefutable, entonces, que dada la función expresiva, polémica y trasmisora del texto escrito, el mundo pagano y el cristiano no solo chocaran sino que se entrecruzaran y se impregnaran mutuamente, lo mismo que la Iglesia y la escuela, la piedad y la erudición, el simbolismo y la gramática. La Antigüedad tardía es, a la vez, la era de los mártires cristianos. El *Peristephanon* de Prudencio

3. *Variae*, XII, 21; *MGH, Auctor. antiquiss.*, XII, pp. 377-378.

marca, poética y escriturariamente, el término de esta era. A la antigua Iglesia de los mártires seguirá la de los monjes, pero precisamente en este período de transición nos encontramos con muchos de los Padres, particularmente con san Jerónimo a quien podemos ubicar, sin dudas, en el ojo del huracán de las disputas de la época. Teniendo en cuenta ese carácter contestatario de este ilustre exégeta se entiende la importancia que le dio a la formación intelectual, además de la religiosa, como condición indispensable para los sacerdotes y autoridades de la Iglesia. En su carta a San Paulino de Nola dice, entre otras cosas, que ni San Pedro ni San Juan fueron incultos pescadores, de serlo ¿cómo hubiera podido este último captar el sentido del concepto de logos, tan difícil de comprender en Platón o en Demóstenes? ¿Cómo entender la Biblia sin erudición?

«Hay ciertamente hombres y mujeres presuntuosos que se creen capaces de practicar la interpretación alegórica de la Escritura: *garrula anus, delirus senex, sophista verbosus*»⁴.

En el año 392 escribe Jerónimo el libro *De uiris illustribus*, un repertorio bibliográfico de autores griegos y latinos que, desde los tiempos apostólicos hasta casi el final del reinado de Teodosio, escribieron sobre temas cristianos. En ese trabajo de recopilación se incluye él mismo y dice lo siguiente: «Jerónimo, hijo de Eusebio, nacido en Estridón, población destruida por los godos, antaño limítrofe de Dalmacia y Panonia, hasta el presente año [392], esto es, el decimocuarto del principado de Teodosio, he escrito estas obras: *Vida del monje Pablo*, libro de cartas a diversas personas; *Exhortatoria a Heliodoro*; *Disputa del luciferario y el ortodoxo*; *Cronicón de la historia universal*; veintiocho *Homilias de Orígenes sobre Jeremías y Ezequiel*, “que he traducido del griego al latín”; *Sobre los serafines*; *Sobre el hosanna*; *Sobre el hijo obediente y el lujurioso*; *Sobre tres cuestiones de la Ley antigua*; dos *Homilias sobre el Cantar de los Cantares*; *De la virginidad perpetua de María contra Helvidio*; *Sobre guardar la virginidad*, carta a la monja Eustoquia; un libro de *Cartas a Marcela*; *Consolatorio por la muerte de una hija*, carta a Paula; tres libros de *Comentarios a la carta de Pablo a los Gálatas*, asimismo tres libros de *Comentarios a la carta a los Efesios*, un libro de *Comentarios a la carta a Tito*, un libro de *Comentarios a la Carta a Filemón*; *Comentarios al Eclesiastés*; un libro de *Cuestiones hebraicas en el Génesis*; un libro *De los lugares hebraicos*; un libro *De los nombres hebraicos*; *Sobre el Espíritu Santo* de Dídimo “libro este que yo traduje al latín”; treinta y nueve *Homilias sobre Lucas*; siete *Tratados sobre los salmos décimo al decimosexto*; *El monje cautivo* y *Vida de San Hilarión*. “He devuelto el Nuevo Testamento a la fidelidad griega y he traducido el Antiguo Testamento conforme a la verdad hebraica”. “Pero de las Cartas a Paula y Eustoquio,

4. San Jerónimo adopta aquí un tono satírico y cita un verso de las *Sátiras* (II,1,116) de Horacio: *Scribimus indocti doctique poemata passim*.

porque se escriben a diario, es incierto el número”. “He escrito además dos libros de *Explicaciones de Miqueas*, un libro *Sobre Nahún*, dos libros *Sobre Habacuc*, un libro *Sobre Sofonías*, un libro *Sobre Ageo* y muchos otros escritos sobre obras de los profetas, que ahora tengo entre manos y todavía están sin terminar». Y en el apéndice dice: «Ha pasado alrededor de un trienio desde que comenté a cinco profetas: Miqueas, Nahún, Habacuc, Sofonías y Ageo, y entretenido por otras obras, no he podido acabar la que tenía comenzada, pues he escrito el *Libro de los varones ilustres* y dos volúmenes *Contra Joviniano*; también una Apología [la carta 49 a Panmaquio]; otro *Sobre la mejor manera de traducir*, dedicado a Panmaquio [la carta 57] y dos libros *A Nepociano o Sobre Nepociano*, y otras obras que resultaría farragoso enumerar». Entre sus escritos es posible extraer sus apreciaciones acerca de las calamidades vividas en Roma durante el período sometido a estudio.

Algunas de estas obras, cual es el caso de *De los lugares hebraicos* y *De los nombres hebraicos*, son en realidad material auxiliar, indispensable para cualquier transcripción o comprensión del nivel semántico de los textos sagrados, resultado de las indagaciones previas a la traducción del texto bíblico.

En el comentario a *Números* encuentra Jerónimo los secretos de la aritmética; en el de Job «todas las leyes de la dialéctica». Son importantes también las palabras: *David Simonides noster*, *Pindarus*, *et Alceus*, *Flaccus quoque*, *Catullus atque Sere-nus*. Esta frase es expresión de un sistema de concordancias y correspondencias que San Jerónimo no deja de advertir.

La *Epístola LVII* («Sobre la mejor manera de traducir») toma como ejemplo el *De optimo genere oratorum* ciceroniano y la historia de la literatura cristiana de San Jerónimo toma de modelo y el título mismo del *De viris illustribus* de Suetonio.

En la *Carta a Magno*, San Jerónimo explica que los más grandes apologetas y Padres, tanto los que escribieron en latín como en griego, conocieron bien la literatura pagana y pudieron por ello defender victoriosamente el Evangelio. Es precisamente en este espacio donde elogia a Juvenco; porque, afirma Jerónimo, la cultura literaria está permitida y no solo para rechazar los ataques de los paganos.

Sin dudas, San Jerónimo es el gran representante del humanismo eclesiástico de la época, tanto con la refundición de la crónica universal de Eusebio como con las noticias histórico-literarias. El concepto de la historia se relaciona en Jerónimo con el sistema de «correspondencias» por cuanto crea un denominador común entre los Libros sagrados y la literatura pagana: ese denominador común, ese aspecto común, es precisamente la literatura. Según Jerónimo los libros de la Biblia admitían un análisis como obras literarias dada la excelsitud de su belleza. Con esto quedaba consentido el estudio de la gramática y de la retórica para el texto bíblico y la afirmación, que dará luego Casiodoro, de que la ciencia profana viene de los textos sagrados y que las figuras retóricas y la tópica en general provenían de la Biblia y no al revés, como ya se dijo.

También suele atribuirse a Alcuino el sostener este origen «santo» de las artes. Dice al respecto Émile Béhier que:

«Alcuin insiste avec une forcé singulière sur la nécessité des arts libéraux; il sanctifie ces arts, en montrant leurs relations avec la création divine: “Les philosophes n’ont pas créé, mais ont seulement découvert ces arts; c’est Dieu qui les a créés dans les choses»⁵.

3. Puntos clave de la retórica cristiana

Los abordajes a las cartas de San Jerónimo subrayan ciertos componentes del mensaje que se revelan en su disposición y en el lenguaje retórico, por un lado, y en las relaciones con temas y pasajes de las Escrituras, por otro. Se constata que el autor logra su finalidad ya que a la vez que persuade sobre los distintos temas (la caída de la gran urbe pagana, el sueño y su intención, el llamado a la vida religiosa, etc.), revela su estilo clásico en narraciones históricas o piadosas, de una manera aparentemente simple. Por otro lado, las epístolas abren una reflexión sobre el poder y la verdad de la palabra que inaugura en este sentido una nueva tópica: el *iota unum* del Evangelio de San Mateo (5,18) es categórico: si por un lado esta sentencia cierra el texto impidiendo cualquier transgresión, variable o agregado, por otro le otorga a lo que está escrito un valor singularísimo en tanto que es «palabra de Dios»⁶. La *narratio* concentra, por lo general, el foco de la argumentación y aquí San Jerónimo instala el valor persuasivo de su discurso ya que es la Historia sagrada la que termina imponiéndose, con toda la fuerza de su realidad, a las imágenes mitológicas con las que los paganos intentaron representar el mundo sobrenatural.

En el caso de la relación Jerónimo-Juvenco, el análisis nos remite forzosamente a la teoría literaria y a la concepción del género épico con todo el énfasis que Virgilio había puesto en él. También acá, el análisis del nivel narrativo nos permite reconocer la presencia de los cuatro evangelistas y, aunque mezclados con los clásicos, los modelos textuales del repertorio cristiano están profusamente utilizados pues se instauraron como patrones canonizables que debían necesariamente ocupar un lugar destacado en el sistema educativo y cultural de la Antigüedad tardía. Obviamente, ciertos conceptos tipológicos y estéticos que constituían la base de los presupuestos y los métodos de creación y recepción de la literatura pagana en griego y en latín, fueron adoptados en el sistema literario cristiano a raíz de los contactos e influencias

5. *Histoire de la philosophie. I. Antiquité et Moyen Âge* (1935), T. II, p. 246.

6. De acuerdo con esto, la economía cristiana, como alianza nueva y definitiva, nunca cesará, y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo en el fin de los tiempos (cfr. *1 Tim.*, 6,14; *Tit.*, 2,13).

recíprocas señaladas y están presentes en los textos cristianos, no solo en su nivel semántico sino y fundamentalmente en el funcional, como es el caso de la configuración heroica del protagonista, que en el *Evangeliorum Libri* es el mismo Cristo.

Sobre el género épico el modelo era Virgilio y sobre este punto había ya suficiente trabajo teórico y crítico.

4. Estudios crítico-literarios sobre las letras cristianas

Los estudios sobre la literatura cristiana latina y con ellos el rescate de las obras, no se producen de manera sistemática sino a principios del siglo XX. El progreso de estos estudios comienza a hacerse sensible con la pequeña *Histoire de la Littérature latine* de Jeanroy y Puech (1891); en la que Puech realiza el estudio sobre Prudencio e incorpora una categoría de escritores sistemáticamente olvidados por la crítica. Pero quien realmente desarrolla ese período y no sólo en lo que respecta a los autores y sus obras sino, y muy particularmente, a la retórica vigente y a las formulaciones teóricas de los géneros literarios *ad usum*, es René Pichon en su manual sobre la literatura propiamente cristiana: «elle est aussi vivante, aussi intéressante que la littérature profane; elle est presque aussi romaine et beaucoup plus moderne». Y habrá que esperar un tiempo para ver aparecer el trabajo fundamental de Pierre de Labriolle, *Histoire de la Littérature latine chrétienne*⁷ y que, hacia 1945, aparezca el estudio de Ernst Curtius donde la *Literatura Europea* y la *Edad Media latina*⁸ queden, desde la tópica, mutuamente justificadas.

Esta falta de interés y curiosidad por un período que, al día de hoy, resulta fundamental para entender la producción posterior y la particular configuración que los géneros adquirieron a partir del cristianismo, tiene una explicación histórica. Un buen número de humanistas de la época del Renacimiento, admiradores acérrimos de Cicerón, Horacio y Virgilio, extendieron a los autores cristianos primitivos –y a la Vulgata latina misma– el desprecio del latín «escolástico» o «monástico»; y, desde allí, todos los textos producidos en este período fueron desatendidos en su nivel literario y considerados exclusivamente en tanto que expresiones del dogma, de la liturgia o de la historia de la Iglesia. Más aún, las transformaciones de la lengua latina bajo la influencia del cristianismo fueron consideradas una

7. Pierre DE LABRIOLLE, *Histoire de la Littérature Latine Chrétienne*, Paris, Les Belles Lettres, 1947. (1ª edición en 1920, reeditada en 1924 y en 1947 revisada y aumentada por Gustave Bardy).

8. Ernst CURTIUS reconoce la antigüedad y la superioridad estética de la literatura neotestamentaria sobre los textos paganos de la tardo antiguos, no es claro ver este mismo reconocimiento con respecto a los textos paganos y los veterotestamentarios. (Cfr. Ernst CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media latina*, cit.).

«decadencia lamentable». Para contrarrestar esta afirmación afirma Labriolle que, para aquellos que gustan de encontrar en las obras las calidades de composición y de arte características de los escritores clásicos, la lectura de los escritores cristianos –sobre todo los latinos– les reservan «felices sorpresas».

No obstante, la apropiación de las formas literarias paganas por parte de la Iglesia se realizó de manera prudente y cuidadosa. Cuando el canon del Nuevo Testamento estuvo cerrado y colocado fuera de discusión, la cultura cristiana se reconoció el derecho a utilizar sus textos más libremente. Y aunque hubo grandes apologistas griegos (Taciano, Athenagoras, Justino, entre otros) que incorporaron en sus defensas y discusiones un acento vibrante y personal, los aportes que hacen a la tradición griega se instalan más a nivel del pensamiento –señala Maurice Croiset⁹– pero están aún lejos del deseo de satisfacer el gusto, de agradar o de golpear la imaginación, sin lo cual no se puede tener creación literaria propiamente dicha. El trabajo de apropiación de las fórmulas paganas fue realizado con mucha más pericia por los escritores latinos y esto se explica, también y nuevamente, por una razón histórica. Las primeras obras cristianas latinas aparecen en el final del siglo II. Antes, el griego era la lengua comúnmente utilizada en las comunidades cristianas occidentales, Roma en particular. Los únicos escritos cristianos en latín, hasta ese momento, eran las transposiciones muy literales y poco literarias de los textos bíblicos en griego para uso de aquellas comunidades de fieles que no comprendían bien el griego. No obstante, hacia el final del siglo II, en el momento en que nace en África la literatura cristiana latina bajo el impulso decisivo de Tertuliano, una buena parte de la élite intelectual latina ha sido conquistada por la Iglesia. Estos van a aportar al *ars praedicanda*, no sólo su cultura y su formación sino la eficacia y el prestigio de la Retórica¹⁰, de la cual eran maestros. La primera obra importante de este tipo es, precisamente, el *Evangeliorum Libri Quattuor* del poeta español Juvenco, escrita

9. Maurice CROISSET, *Histoire de la Littérature Grecque*, vol. V, Paris, Fontemoing, 1912, p. 326.

10. «Sobre todo los latinos» –agrega Labriolle– «En efecto, si vamos a describir el desarrollo de la literatura cristiana griega, será necesario examinar una serie de obras –extremadamente interesantes desde el punto de vista moral y religioso– pero muy débiles desde el punto de vista propiamente estético. Cartas, “apocalipsis”, paráfrasis simples y desnudas de los libros santos, he aquí con lo que ha debutado esta literatura [...] leed la *Didajé*, el *Pastor de Hermas*, las Epístolas atribuidas a Bernabé o a Clemente de Roma: son escritos netamente populares, destinados a recordarles, directa o alegóricamente, a gente de condición y de cultura extremadamente humilde los principios de ágape o de represión de los malos instintos *enkrateia*: nada refleja en estos textos una preocupación literaria o una asociación de ideas o de frases». (PIERRE DE LABRIOLLE, *Histoire de la Littérature Latine Chrétienne*, cit., p. 471).

hacia el año 330¹¹. Esta obra inicia una larga serie de poemas bíblicos, latinos en un primer momento, pero que después tendrán su continuación en las lenguas vulgares.

Lo que interesa en este punto es descubrir o al menos sospechar qué ve San Jerónimo en Juvenco y en el *Evangeliorum* como para recalcar en este texto y hasta proponer algunos de sus hexámetros como modelo canónico de la naciente literatura cristiana.

San Jerónimo hace referencia a Juvenco en cuatro ocasiones. La primera de ellas la encontramos en su obra *De Viris Illustribus* n. 84. El pasaje reza así:

«Juvencus, nobilissimi generis hispanus, presbyter, quattuor evangelia hexametris versibus pene ad verbum transferens, quattuor libros composuit et nonnulla eodem metro ad sacramentorum ordinem pertinentia. Floruit sub Constantino príncipe».

Esta cita es recogida por todos los autores que abordan el estudio de nuestro poeta.

Un segundo lugar donde encontramos referencia de San Jerónimo a Juvenco y a la obra que realizó, es en su *Chron. ad annum 329/330* (Olimpiada 278-333 d. C.) donde podemos leer:

«Iuvencus presbyter, natione hispanus, Evangelia heroicis versibus explicat» (Hieronymus. (*Opera*, t. VIII, c. 787)).

La tercera referencia jeronimiana a Juvenco y a su producción literaria es la que hallamos en su Epístola LXX a Magno:

«Iuvencus presbyter sub Constantino historiam Domini Salvatoris versibus explicavit; nec pertimuit Evangelii maiestatem sub metri leges mittere».

El cuarto lugar referido a Juvenco pertenece a su Comentario a San Mateo, donde cita de nuevo a nuestro poeta con estas elogiosas palabras:

«Pulcherrime munerum sacramenta Juvencus presbyter uno versiculo comprehendit;

“Thus, aurum,myrram, regique, hominique, Deoque, / dona ferunt”».

Hay que señalar, sin embargo, que lo que compromete de alguna manera, el valor de las primeras obras de los poetas cristianos en lengua latina es que, en ellos se percibe aún de manera evidente el deseo de competir con la literatura pagana, lo cual desemboca en un estilo un tanto artificial, impostado de alguna manera, que agobia

11. Cfr. nuestro artículo en *Teoliterária* (São Paulo), vol. 1, n. 1 (2011). https://www.researchgate.net/scientific-contributions/2095221684_Elena_Maria_Calderon_de_Cuervo

la posibilidad de una inspiración más espontánea. Estos autores quisieron oponer la *certa fides* a las *mendacia* de los clásicos (son las palabras que usa Juvenco) pero usando las fórmulas y las estructuras que los clásicos habían consagrado, y esto en parte porque se dirigían al mismo círculo de lectores que se habían formado en el gusto y la lectura de los paganos¹².

5. La teoría literaria en torno al poema épico

Como ya se viene anunciando, el Presbítero español, Caius Vittius Aquilinus Iuvenus, es el primer poeta cristiano latino y, en rigor, el que deja asentadas las modalidades del género épico para el mundo cristiano.

San Jerónimo comenta, respecto de Juvenco, que escribió su *Evangeliorum Libri Quattuor* hacia el año 329, bajo Constantino, a quien le dedica el poema elogiando en este emperador la promulgación del Edicto de Milán en el 313. La idea de tomar de los Libros Santos la materia diegética y discursiva para una epopeya, señalaba, implícitamente, los destinatarios de la obra. La crítica literaria romana, que encontraba en Horacio su más perfecta expresión, adhería a la jerarquía de los géneros que fuera, ya, establecida por Aristóteles, colocando en primer plano el poema épico «por estar dirigido a la educación de los príncipes». Era lógico, entonces, que Juvenco dedicara su poema a Constantino y a la aristocracia romano-cristiana.

Fiel al principio de justificar en clave cristiana el espíritu épico pagano, el poeta hispano antepuso en su poema un pequeño prólogo de 27 versos, en el que explica los motivos que lo llevaron a componer su obra. La idea, en términos generales y con traducción propia, es la siguiente:

«Todo lo humano está condenado, por voluntad de Dios, a la desaparición; pero muchos hombres logran sobrevivir, gracias a sus hazañas y virtudes, en panegíricos poéticos como los de los sublimes cantos de Homero o del dulce arte de Virgilio. Estos mismos poetas tienen también asegurada la gloria eterna, a pesar de haber interpuesto mentiras –*mendacia*– en los hechos del pasado; con cuánta mayor razón sobrevivirá mi poema que canta los hechos de Cristo y al que quizá deberé mi salvación el día del juicio final. Ruego al Espíritu Santo que me ayude y fortalezca mi espíritu con el agua del Jordán».

«Cantar los hechos de Cristo»: significaba, de alguna manera, proponer el modelo de Cristo a la educación de los jefes del imperio convirtiendo el Evangelio

12. Sin embargo, la poesía cristiana de esta época logra una originalidad verdadera y sincera en los Himnos de la Iglesia. El siglo IV nos ofrece, en este sentido, el talento particularísimo de Paulino de Nola.

en una especie particular de epopeya en la que la invocación al Espíritu Santo reemplazaba la tradicional invocación a las Musas.

Con respecto al título de la obra, el nombre en español por el que se la conoce es *Historia evangélica* o *Armonía evangélica* títulos que utiliza en el proemio su primer editor, el jesuita Faustino Arévalo, aun cuando no hace una traducción al español sino que se preocupa con empeño en recuperar el texto latino más fiable¹³. En los mejores manuscritos aparece bajo el título de *Liber evangeliorum* o *Libri evangeliorum quattuor*¹⁴.

13. Al editar la obra del poeta hispano, importaba a Arévalo tanto el objetivo evangélico, esto es, el auténtico dogma expresado por el poeta, como el interés por demostrar que la poesía latina de dichos autores era correcta (formal y métricamente) y de ningún modo exponente de la degradación poética con la que se calificaba a los poetas hispanos de la tardía latinidad. A este respecto recordamos las palabras de Arévalo en algunas de sus ediciones, donde defiende el buen gusto poético y clásico de los poetas de época tardía en la edición de Juvenco: *Parum igitur nobis obesse debet, quod nonnulli de stilo Iuuenici minus recte sentire uideantur, quum uel hi ipsi utilitatem, quae ex eius lectione percipi potest, minime negent.* (ARÉVALO, 1792, p. 50). Pero si además de observar estas palabras de Arévalo referidas a la situación de los autores de la tardía latinidad, atendemos a los tumultuosos sucesos de la época, podremos suponer que Arévalo, con sus ediciones, trataba de sostener, implícitamente por su parte, la defensa de los derechos del Papado, ya que la palabra transmitida por los poetas cristianos Prudencio, Draconcio, Juvenco y Sedulio constituía una oposición a los *mali catholici* de su época. Para las ediciones de poetas cristianos contaba Arévalo con un valioso material no al alcance de todos, esto es, con los manuscritos de la Biblioteca Vaticana, los cuales, pudo consultar gracias al reciente favor otorgado por el Pontífice Pío VI. En este hecho, en la consulta de los códices, subyace otra de las actitudes que caracteriza al editor Arévalo: la preocupación, el esmero y la escrupulosidad en la lectura de los textos de los poetas que edita, a fin de que sólo sobre el texto más correcto, fiel y cercano al poeta, pueda reconocerse el valor del espíritu cristiano en las obras de los poetas latino-hispanos. Lee Arévalo todos los manuscritos que de las obras de los poetas hispanos encuentra, los coteja, estudia las variantes que ofrece, para finalmente determinar y fijar un texto que será comentado en aquellos aspectos relevantes de su contenido cristiano, sin olvidar precisiones sobre su estilo, a través de las cuales se pueda confirmar el valor y la bondad de la poesía de dichos poetas. La edición del *Evangeliorum Libri Quattuor* estuvo dedicada al sobrino predilecto del Cardenal Lorenzana, D. Gregorio Alfonso Villagómez, Archidiácono de Calatrava. (Cfr. M. HERNÁNDEZ MAYOR (2002), *El autor y su obra*. <http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/10803/MDHerMay02de15.pdf;jsessionid=3CD46D41AA2B17B-FBD74A4A05D652EAE?sequence=2>. Contamos además con un estudio de esta edición, la tesis doctoral de GIL ABELLÁN (2004). Para la edición de Arévalo: Faustino ARÉVALO, C. *Vetti Aquilini Iuuenici presbyteri hispani Historiae Evangelicae, Libri IV*, Eiusdem Carmina Dubia aut Supposita ad mss. codices Vaticanos aliosque, et ad veteres editiones, Roma, 1792 [= J. P. MIGNE, PL 19, 10-346].

14. Se ha trabajado con la edición, clásica y crítica de Iohannes HUEMER, *Gai Vetti Aquilini Iuuenici Evangeliorum libri quattuor*, New York/London, Johnson Reprint Corporation,

Juvenco toma como base el Evangelio de San Mateo (que debe haber leído en una o muchas de las versiones latinas pre-jeronimianas¹⁵), interpola con frecuencia el Evangelio de San Lucas, menos el de San Juan y muy raramente el de San Marcos.

Se halla dividida la obra en cuatro libros y, en términos generales, el número de versos de cada libro está alrededor del ochocientos, cantidad de versos adecuada a un *liber* según la preceptiva clásica. Con este formato aparece en todos los manuscritos que citan los especialistas y en todas las ediciones, coincidiendo, además, en la entidad de cada uno de los libros. Sin embargo esta división que, de no ser propia de Juvenco, fue muy antigua y estaba, evidentemente, ya en el arquetipo, ha sido objeto de opiniones e hipótesis diversas.

El libro primero incluye, además dos proemios. Los treinta y cinco versos con que comienza el libro I están distribuidos en dos proemios de ocho y veintisiete versos respectivamente, proemios que las ediciones presentan de distintos modos según los criterios adoptados por cada editor.

El primer proemio, escrito como el segundo en hexámetros, es el más cuestionado en cuanto a la autoría. Dice así:

«1 Mattheus instituit virtutum tramite mores,
2 Et bene vivendi iusto dedit ordine leges.
3 Marcus amat terras inter coelumque volare,
4 Et vehemens aquila stricto secat omnia lapsu.
5 Lucas uberius describit praelia Christi,
6 Jure sacer vitulus, qui munia fatur Abia.

(1891, reimpresión 1968). Se coteja con la Edición de Eduardo OTERO PEREYRA, presentada como tesis doctoral con excelente traducción al español en la Universidad de Salamanca, 2009. (gredos.usal.es/.../DFCI_C%20Vetti%20Aquilini%20Ivenci%20Evangeliorum.pdf).

15. Desde mediados del siglo II al menos, y ya probablemente desde sus comienzos era corriente el título «según San Mateo» (*katá Marzaion*), no existe huella alguna de otro nombre en relación con el primer evangelista. Ireneo declara que Mateo no solo predicó a auditores que hablaban hebreo (arameo) sino que además compuso para ellos un evangelio escrito en su propia lengua; Orígenes (233 d.C.) crítico severo, acepta como verdadera la ya muy arraigada tradición primitiva de que Mateo, que fue publicano y luego apóstol habría escrito en caracteres hebreos el primer Evangelio para los convertidos del judaísmo. Papias, Ireneo, Orígenes, Eusebio y Jerónimo afirman que el primer Evangelio fue escrito por Mateo, «en lengua hebrea» o «en su lengua materna». El término *hebreo* no significa el hebreo clásico de la antigüedad sino su afín, el arameo, que era la lengua hablada por aquella época en Palestina. A pesar de todo, se niega ordinariamente la existencia de un original semítico fundándose en que el Mateo griego no es una traducción: los argumentos no son convincentes: el griego es claro, pero poco elegante y con muchas repeticiones, lo cual puede atribuirse a una traducción; los juegos de palabras más o menos ingeniosos no exceden la capacidad de un traductor.

7 Ioannes fremit ore leo, similis rugienti,
8 Intonat aeternae pandens mysteria vitae¹⁶».

En relación ya con el contenido del proemio, advertimos que, de los ocho versos que lo componen, cada dos están dedicados a uno de los evangelistas, y que el proemio se abre con el nombre de Mateo, y que los otros tres nombres –Marcos, Lucas y Juan– ocupan, respectivamente, la cabecera del resto de versos impares, sintetizando cada par de versos las notas fundamentales de los respectivos relatos evangélicos. El fin y la naturaleza del proemio pretende orientar sobre la naturaleza y contenido de la obra que precede dando a conocer el nombre de los evangelistas como autores de la Vida de Cristo y de allí, probablemente, la división en cuatro libros.

El libro primero trata de todo lo referente a los padres de Juan Bautista, a su concepción, el envío del Arcángel Gabriel por Dios a la Virgen María, la visita de María a su prima Isabel, el nacimiento de Juan Bautista, etc. De Cristo encontramos los pasajes referidos a su nacimiento, la adoración de los Magos, la presentación del Niño Jesús en el templo, la vocación de los Apóstoles, el Sermón de la Montaña y los primeros milagros obrados por Jesús hasta la curación de la suegra de Pedro, inclusive.

El segundo expone nuevos milagros y curaciones obradas por Jesús, además de parábolas como la del grano de mostaza o la de la levadura. Con la parábola de la cizaña, que queda interrumpida, finaliza, como ya hemos indicado, el libro segundo.

El libro tercero comienza con la explicación de la parábola de la cizaña, y continúa con la exposición de otros milagros, discursos y parábolas de Jesús, y lo cierra la parábola de los invitados al banquete nupcial.

El libro cuarto se inicia con el episodio del tributo debido al César, se narran las disputas de Jesús con los fariseos, las parábolas de las diez vírgenes y de los diez talentos, la enfermedad de Lázaro y su resurrección, para entrar luego de lleno en la Pasión de Jesús, su Resurrección y los sucesos posteriores a ella, como el soborno de los soldados y la aparición de Cristo ya resucitado en Galilea.

16. Mateo estableció normas morales a través del sendero de las virtudes y dio las leyes de una vida recta según un orden justo. Marcos ama volar entre la tierra y el cielo, y como vehemente águila lo corta todo en su vuelo veloz. Lucas narra con mayor detalle las batallas de Cristo como ternero sagrado que expone los deberes de los antepasados. Juan ruge como un león y trueno de manera semejante a un rugido descubriendo los misterios de la vida. (Usamos aquí la versión *on line* de una Edición Crítica: *Evangeliorum Libri Quattuor*, realizada por OTERO PEREYRA y presentada como tesis doctoral con excelente traducción al español en la Universidad de Salamanca. gredos.usal.es/.../DFCI_C%20Vetti%20Aquilini%20Ivenci%20Evangeliorum.pdf).

El tema es la vida de Cristo y su objetivo es acomodar en los moldes de la epopeya virgiliana no solo la materia narrativa del Nuevo Testamento, comenzando por la concepción y nacimiento de Juan el Bautista hasta llegar a la aparición de Cristo en Galilea, una vez resucitado, sino y muy particularmente los discursos y sentencias doctrinales presentes en los Evangelios.

Mateo constituye, como se reconoce, el hilo conductor del relato, el *Evangeliorum Libri* no es sólo, como se ha repetido muchas veces, una versión poética del relato evangélico de Mateo. Es cierto que Juvenco sigue por regla general a este evangelista, con preferencia a los demás, pero preferencia no significa exclusión. Juvenco narra pasajes que están ausentes en Mateo y, es más: aun cuando sigue el relato de Mateo no deja de consultar a los otros sinópticos, tomando de ellos pormenores y circunstancias que no aportaba el primero.

La recurrencia a cada uno de ellos nos induce a pensar que Juvenco había realizado una labor previa de confrontación de textos (y a esto alude, muy probablemente, lo de *armonía* de Faustino Arévalo), sumamente diligente y minuciosa, lo que a su vez nos revela el gran cuidado que ponía en reflejar fielmente la verdad histórica de los hechos evangélicos, acentuando así, el carácter histórico que está implícito en la misma concepción del género épico. De manera tal que cuando nuestro poeta señala en Virgilio las *mendacias*, se puede suponer que no se refiere al nivel diegético de la obra sino al mitológico.

Volviendo ahora al discutido primer proemio, la pregunta, que sin duda nos apremia, es cuáles pudieron haber sido las razones por las que Juvenco eligió como hilo conductor para su poema el relato evangélico de Mateo; o bien, cuáles fueron los motivos para que, de entre los cuatro evangelistas, fuera Mateo el que predominara. Es posible suponer que lo que se toma de este evangelista es la insistente condena cristiana de los fariseos, que Juvenco recupera y actualiza. Así, si bien la dedicatoria y la recepción señaladas en el texto es a los romanos ilustres, la polémica y la acusación cae sobre los judíos de aquel tiempo, presentes en los grupos de intelectuales paganos y muy considerados por estos.

Conviene insistir en el propósito evangelizador y hasta propagandístico de la obra juveniana y de la epopeya en sí, en tanto que orientada a la educación. Dentro de estas expectativas estaría justificado dicho relato tomado como base y completado en distintos momentos por los episodios y matices que refieren los demás. Esto puede deberse a la importante exposición que adquiere en el relato de Mateo el conocido Sermón de la montaña, también llamado de las *Bienaventuranzas*, en que precisamente se fija la moral que es más aconsejable para la vida del hombre de acuerdo con las palabras del mismo Redentor y en donde se resalta constantemente y como un estribillo:

«Dico enim vobis, quia nisi abundaverit iustitia vestra plus quam scribarum, et pharisaeorum, non intrabitis in regnum caelorum» (*Mateo*, 5,20).

Advertencia terrible que está inmediatamente después de señalar el otro pecado gravísimo que es el agredir el texto sagrado con invenciones propias, y que ya señalaríamos al marcar el tópicos del *iota unum*.

Es esto lo que está precisamente resaltado en los dos primeros versos, donde queda patente que Juvenco, siguiendo a Mateo, orienta su relato a favorecer el cultivo de la virtud y ofrece *las leyes*¹⁷ conducentes al «bien vivir»:

«Mateo estableció normas morales a través del sendero de la virtud
Y dio las leyes de una vida recta según un orden justo».

Por otra parte, el modelo canónico de toda epopeya requería la figura de un héroe encolerizado o de un antagonista encolerizado. Tal es el caso de Aquiles en la *Iliada* o de Juno en la *Eneida*. Pero la cólera divina no aparece en el Nuevo Testamento y sí, sobre todo en Mateo, se da lugar a la cólera humana que lleva a Cristo a la muerte en la figura de los fariseos.

De esta manera la obra de Juvenco le debe a Mateo al menos tres aspectos constructivos: el nivel diegético en lo que hace a la narración completa de la vida y pasión del Cristo, el tono docente y doctrinario en la transcripción de los sermones (fundamentalmente en el Sermón de la Montaña) y la figura épica de los fariseos encolerizados, donde se advierte el tono polémico tan propio del siglo IV.

En cuanto a los aspectos retóricos, si bien Juvenco toma de Mateo el tono persuasivo, en aspectos que hacen a lo literario (descripciones, estilo, verso, etc.) y a la recepción, Juvenco sigue el patrón clásico.

En Horacio y Virgilio encuentra el modelo para adecuar, por ejemplo, el sentido de la *janua celi*

«Ite per angustam, iusti, super aethera portam.
680 quam lata et spatiosa uia est, quae limite laeue
praeruptum conuoluit iter caligine mortis
innumeraeque illam penetrant per prona cateruae!
uitalis uastis stipatur semita saxi strictis
celsaque uix paucos ducit per scrupea uirtus.

17. Hay que advertir la fuerza y audacia de este mensaje evangélico que Juvenco ofrece a los romanos, pueblo que hizo particularmente del Derecho y de la Justicia su estandarte. Es cierto que el Evangelio no niega la Ley natural, sería absurdo porque está puesta por Dios mismo en las cosas y seres creados, pero la supera en muchos aspectos al mirarla en el cristal de la infinita Misericordia del Creador.

685 at si quos nimium fallax illexque malorum
 planities suasit deformi lubrica lapsu,
 abripit hos pronosque trahit uelut impetus amnis
 aut alacer sonipes ruptis effrenus habenis
 aut rectoris egens uentosa per aequora puppis» (L. I)¹⁸.

Resulta claro el luso de los símiles con que Juvenco explica la locura del camino errado. El relato de la resurrección de la hija de Jairo, por su parte, nos trae ecos de Homero:

«abscedant, inquit, tectis haec tristia uestris,
 namque puella iacet placido demersa sopore,
 defunctam retur flentum quam nescia plebes»¹⁹.

El *Nunc dimittis* de Simeón adopta en el poema la forma del Prólogo a cargo del *diakono* del *Agamenón* de Esquilo:

«nunc, nunc me famulum Dominus, nunc liberat atris
 corporis e uinclis finemque imponere uerbis
 dignatur cum pace suis. En splendida nostros
 205 lux oculos tua circumstat radiisque renidet,
 quam cunctis hominum lustratis gentibus addit
 Israhelitarum cumulatae gloria plebis»²⁰.

En lo que respecta al epíteto como recurso netamente épico, particularmente aquellos referidos al «Cristo», Juvenco los extrae del Antiguo y Nuevo Testamento

18. «[679] Entrad, oh justos, por la puerta estrecha sobre el cielo. ¡Que ancha y espaciosa es la ruta que por el lado izquierdo oculta con las tinieblas de la muerte un camino abrupto y, sin embargo, innumerables gentes acuden a transitar por sus declives! El camino de la vida se encuentra obstruido por grandes escollos y sólo a unos pocos conduce la alta virtud por arduos lugares. Pero si a algunos convenció la llanura de los males demasiado engañosa y seductora, resbaladiza por sus irregulares pendientes, a éstos los arrastra hacia abajo como torrente impetuoso o como el rápido caballo desenfrenado, rotas sus riendas, o como un barco privado de piloto en medio de los mares azotados por el viento. [690] (trad. de Otero Pereira)».

19. «Que se vaya esta tristeza de tu casa, [401] pues yace inmersa en un dulce sueño la joven a quien considera muerta la multitud ignorante de los que lloran».

20. «Ahora, ahora el Señor me libera a mí, su siervo, de las tristes cadenas del cuerpo y con sus palabras se digna en otorgarle el final en paz. Mira cómo brilla junto a mis ojos y refulge con sus rayos tu espléndida luz, que la gloria del engrandecido pueblo de Israel otorga a todos los pueblos iluminados».

y los orienta tanto a la audiencia hebrea, y en esto sigue nuevamente a Mateo, como a los romanos para quienes tiene que desarrollar una exégesis, como es el caso de «Hijo de David»:

«Vrbs est Iudaeae Bethleem Dauida canorum
150 quae genuit, generis censum quae iure petebat.
edidit hic Mariam Daudis origine Ioseph
desponsamque sibi scribens grauidamque professus» (L. I, 149-150)²¹.

En cuanto al público romano y asociado al epíteto, llama la atención la ausencia de voces griegas, que no están ausentes en las *Vetus* latinas²². *Angelus* es reemplazado siempre por *nuntius* (mensajero) o *minister* (servidor); se usa la voz griega *daemonis* pero con el sentido de ángel caído o diablo.

No obstante, por mucho que los patrones literarios clásicos aparezcan en el texto, el mensaje que deja Juvenco, de acuerdo con el Evangelio, es esencialmente un mensaje religioso y es esto es lo que quiere hacer entender el autor a Constantino.

Juvenco de modo directo, en el epílogo que cierra la obra, aporta unos datos que, sin duda, consideró valiosos:

«Haec mihi pax Christi tribuit, pax haec mihi saeculi,
quam fovet indulgens terrae regnator apertae
Constantinus, adest cui gratia digna merenti,
qui solus regum sacri sibi nominis horret
imponi pondus, quo iustis dignior actis
aeternam capiat divina in saecula vitam
per Dominum lucis Christum, qui in saecula regnat» (L. IV 802-812)²³.

21. «[149] Belén es una ciudad de Judea que engendró al canoro David, la que reclamaba según la ley el registro de su linaje. Aquí presentó José, de la estirpe de David, a María, inscribiéndola como prometida suya y declarando su embarazo».

22. Es probable que la ausencia de voces griegas como dato original de Juvenco podría estar en relación con el hecho de que la corte romana de Constantino no era una élite culta sino especialmente militar. Quizá el uso de voces griegas, tan comunes en las versiones latinas prejeronimianas de los Evangelios, podrían resultar poco comprensibles a la corte romana del momento.

23. Mi espíritu ha recibido la fuerza de la fe y del sagrado respeto, y tanto brilla para mí la gracia de Cristo, que la gloria de la ley divina logra de buen grado en nuestros versos los ornamentos terrenales de la lengua. Esto me lo concede la paz de Cristo, me lo concede la paz del mundo que favorece indulgente Constantino, el soberano de la tierra abierta, a quien merecidamente asiste un digno reconocimiento, el único de entre los reyes que rechaza que se le imponga la carga de un título sagrado, de modo que de manera muy merecida por sus

Además de la dedicatoria al emperador Constantino, aparecen otros datos que hay que resaltar. Como se ha venido diciendo, Juvenco estaba educado en la tradición clásica y sus lecturas y autores eran, por tanto, los clásicos. Pero, aunque en el poema encontramos elementos tomados de otros poetas más destacados de la antigüedad como son Ovidio, Estacio, Lucano, Horacio, Catulo, etc., sin embargo, Juvenco, al intentar verter la prosa del Evangelio en los moldes tradicionales de la épica, tuvo como maestro fundamental a Virgilio, que era el modelo por excelencia.

Acude a los clásicos porque su pretensión no es sólo hacer una obra «buena», por el tema, sino por completo digna de Cristo (recordemos el último verso de su segundo proemio programático: *...ut Christo digna loquamur*. Precisa de palabras dignas del tema y dignas del Héroe de su poema, por lo que procurará imitar a los clásicos y cuidar al máximo la forma. Esta idea la encontramos expresada en los versos del epílogo en que deja bien claro que el ornato de que hacen gala los escritos «paganos» no es impropio para temas divinos:

«Que la gloria de la ley divina logra de buen grado
En nuestros versos los ornamentos terrenales de la lengua»

Juvenco está convencido de que se pueden combinar el argumento cristiano y la forma o retórica pagana, si se hace adecuadamente. Sabe que se inserta y quiere insertarse en una tradición literaria, de la que es usual mantener lo que ella presenta, y se reconoce eslabón de una cadena que procede de Homero y que en Roma tiene como figura capital a Virgilio; es un poeta, cuya vida y obra está amparada nada menos que por un emperador romano, Constantino, jefe de una Roma que con la Pax Christi excede la pax Augusta²⁴. Juvenco, como luego Prudencio, no se ve, como cristiano, enfrentado al mundo clásico, sino continuador del mismo, que ahora es engrandecido por el cristianismo.

De acuerdo con esta perspectiva, el autor del *Evangeliorum Libri* pretendía que su obra se entendiera así: no solo comprender la armonía del testimonio de los Apóstoles, es decir, el entendimiento y la coherencia de los Evangelios entre sí²⁵, sino la «armonía» de lo divino-cristiano y lo humano-romano, de la narración evangélica y de la épica clásica.

Es interesante señalar las circunstancias tan difíciles atravesadas por los

obras justas, obtenga la vida eterna para los siglos divinos por medio de Cristo, Señor de la luz, que reina eternamente. (Trad. de Otero Pereira).

24. Dice San Jerónimo en la nota al pie de la Vulgata que «Iuvencus, nobilissimi generis hispanus [...] Floruit sub Constantino príncipe».

25. Podría ser también este presupuesto de Juvenco una respuesta al *Diatasserón* de Taciano en el cual la vida de Cristo, por la falta de fidelidad y coherencia de las fuentes utilizadas, dejaba muchos aspectos en contradicción.

cristianos en tiempos del emperador Diocleciano, las duras persecuciones y el sucesivo cambio que se va desarrollando hasta ser posible publicar y dedicar esta obra con el propósito de que la paz de Cristo reine en el mundo, idea que el léxico contribuye a reforzar, en especial con la repetición del *pax* y el *regnat* del primero y último verso del epílogo.

Como quiera que sea, Juvenco fundó una tradición y un patrón para la Épica bíblica, particularmente la que tomaba como centro de reflexión la vida de Cristo y el Nuevo Testamento²⁶. Y su iniciativa fue suficiente para asegurarle el respeto de sus sucesores cristianos que se dedicaron a imitar al imitador²⁷.

Seguir a raja tabla a Virgilio; presentar, en la dedicatoria a los Príncipes, el modelo del *Adonai*, el Cristo que reina desde el Madero; subordinar los fines de la política y del arte a la salvación del alma tanto como legitimar la epopeya con argumentos cristianos, quedarán como premisas en la construcción de la epopeya bíblica. Así, la gloria del *Evangeliorum libri* atravesó no sólo toda la Edad Media sino que reapareció de manera singular en el Humanismo postridentino: Tasso, Vida y Hojeda particularmente²⁸. De hecho, cuando el modelo de Juvenco entra en los tiempos modernos, su compromiso con las nuevas aporías teleológicas no le hacen perder esos requisitos literarios que le habían dado origen.

El género épico termina con Klopstock y con Diego de Abad, y no sólo el bíblico sino el espíritu épico en general. No obstante, permanece siempre esa sensación, frente a los poemas bíblicos, de una literatura más exigida por las circunstancias que nacida de la alabanza espontánea del pueblo cristiano y nunca logra superar el arte magnífico del texto Bíblico tan fielmente recuperado en su excelencia literaria por San Jerónimo en su versión latina, llamada «vulgata», es decir, para el pueblo.

26. Alaba San Jerónimo la maestría con que el poeta supo aprisionar en los férreos moldes del verso la vida entera de Cristo. San Jerónimo cuando habla de él, lo suele hacer con encarecidos elogios, y su testimonio es tanto más de apreciar, cuanto que se trata de un verdadero clasicista y degustador de las bellezas literarias, en el sentido moderno de la palabra, valoración que es semejante a la de Arévalo: quien ya en el siglo XVIII establece sus semejanzas con autores clásicos o lo considera imitado por Prudencio.

27. Cfr. Pierre DE LABRIOLLE, *Histoire de la Littérature Latine Chrétienne*, cit., p. 472.

28. Con esta observación disiento con las afirmaciones de Labriolle: «Sa gloire –la de Juvenco– a traversé tout le moyen âge, mai elle ne l’a guère dépassé» (*Ibid.*, p. 472) que parece desconocer todas las epopeyas sobre la Vida de Cristo que se produjeron en Italia y España, particularmente, entre la segunda mitad del siglo XVI y la primera del XVII.